

Copati, Haydée

Vivir la verdad

Vida y Ética. Año 9, N° 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Copati, Haydée. “Vivir la verdad”[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/vivir-verdad-haydee-copati.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

VIVIR LA VERDAD

*Ciudad de Santa Fe,
jueves 12 de junio de 2008*

Lic. Haydée Copati, S.

- Miembro de la Asociación de Vírgenes Consagradas Servidoras
- Profesora de Antropología Filosófica en la Universidad Católica Argentina - sede Paraná- y en la Universidad Católica de Santa Fe
- Miembro de la *Société Michel Henry*
- Tesis doctoral en Filosofía en proceso de redacción sobre *La noción de donación en la fenomenología de Michel Henry* (Director: Dr. Roberto Walton, UBA/CONICET)

Palabras clave

- Enfermedad terminal
- Verdad de la vida
- Verdad del mundo

RESUMEN

Esta comunicación aborda la cuestión de la información para el enfermo incurable a partir de la distinción que hace el filósofo Michel Henry entre la verdad de la vida (la realidad del sujeto enfermo en primera persona) y la verdad del mundo (el conocimiento que se puede obtener sobre la salud y el estado del enfermo). Se propone como camino para la comunicación de información al enfermo terminal, el amor al otro por sí mismo sobre la base de que en la verdad de la vida se revela el origen divino de toda persona.

La enfermedad terminal es un acontecimiento que enfrenta al ser humano con la verdad de su vida. Abierto a la realidad exterior, preocupado más o menos por la verdad de lo que piensa, dice y hace, el ser humano puede pasar por diversas circunstancias de su propia vida sin caer demasiado en la cuenta de la verdad de lo que es.

En el dolor, en la limitación de las fuerzas, en la incertidumbre de los resultados de los estudios médicos o de una terapia, en las palabras no sonoras pero

elocuentes de una enfermedad mortal, su carne se hace verbo, y el hombre puede escuchar allí una verdad que tal vez antes no haya podido o querido conocer. En el sufrimiento particular del padecimiento mortal, la verdad de la vida tiene una de sus palabras más fuertes, y el ser humano, en la soledad de su intimidad, no puede dejar de oírla.

La vida, la enfermedad, el dolor, la muerte tienen su lugar original y por tanto real en la persona. Por esta razón toda objetivación, de alguna manera, coloca estas realidades fuera de su lugar propio. Es cierto que por el conocimiento se puede objetivar la realidad con respecto a su esencia en cada caso y alcanzar sobre ella saberes verdaderos y muy profundos, pero el plano del conocimiento, debe admitirse, deja escapar siempre lo más real de eso real que es la vida. La enfermedad, el dolor, la muerte, son actos que nunca ocurren en abstracto sino siempre en concreto, nunca en tercera persona, sino siempre en primera persona, en un sujeto real, con nombre, en un yo personal.

A la luz de algunos elementos de la fenomenología de la vida del filósofo francés contemporáneo Michel Henry, [1]

[1] Michel Henry (1922-2002). En este escrito se tiene en cuenta en particular la distinción que este fenomenólogo hace entre verdad de la vida y verdad del mundo. Para un desarrollo profundizado de estos conceptos pueden consultarse, entre otras, sus obras *L'essence de la manifestation*, (1963), París, Épiphanée, PUF, 2003; *Philosophie et phénoménologie du corps* (1965), París, Épiphanée, PUF, 2006, [versión en español en Ed. Sígueme]; *C'est moi la Vérité, pour une philosophie du christianisme*, Ed. du Seuil, París, 1996 (reedición en 2007), [versión en español en Ed. Sígueme]; *Phénoménologie de la Vie*, París, PUF, 2004; *Incarnation, une philosophie de la chair*, París, Ed. du Seuil, 2000, [versión en español en Ed. Sígueme].

se hará un breve detenimiento en la consideración de la diferencia fundamental que hay entre la verdad de la vida –la realidad del que padece– y la verdad del mundo –que es, en este caso, la información que pueden tener tanto el médico como el propio paciente sobre su enfermedad, para –finalmente– proponer un puente entre ambas formas de verdad.

La verdad de la enfermedad, su realidad, pertenece radical y primariamente al ámbito de la vida del sujeto personal que la padece y, como tal, forma parte de una totalidad que la contiene y la supera. Esta verdad posee tal identidad con la vida que en ella no hay, por así decir, *distancia* entre quien padece y lo padecido. De esta verdad-realidad no se puede huir. Se trata de una verdad metafísica, dada, más allá y fuera de las condiciones que la inteligencia humana pueda poner para captarla.

Contemplada desde esta perspectiva, la enfermedad aparece como una verdad que participa de los caracteres de la vida misma, a saber, es una realidad *interior* al sujeto; como tal, es *invisible* en la totalidad de sus dimensiones y de sus repercusiones; es *experimentable*, patética, primariamente vivible y vivida –ontológicamente hablando– antes que concebible por el conocimiento; es *inmanente* al que la padece; adviene al sujeto como la vida misma: sin intervención de su voluntad libre, y sin dar posibilidad de

escapar a la prueba a que lo somete esa experiencia; constituyendo un desafío para su libertad, como la vida misma. Su carácter patético hace de la vida, y consiguientemente de la enfermedad, una experiencia *no indiferente* por esencia.

En cambio, la verdad que se le revela al médico, a través de su ciencia, y al enfermo a través de lo que se decide comunicarle, es una verdad segunda, fundada en la verdad de la vida y derivada de una de las posibilidades de la vida, como es el conocimiento. Esta verdad es, por así decir, verdad en la distancia de la inteligencia con la cosa conocida. Se trata de la verdad de la adecuación entre el intelecto y la cosa. Sin duda se trata de una verdad valiosa, poderosa, pero es siempre frágil e incluso peligrosa, sobre todo cuando quien la posee la confunde con la realidad y más aún, cuando no se está dispuesto a admitir la parcialidad característica de algunos tipos de conocimiento.

Esta verdad del mundo se diferencia –nota por nota– de la verdad de la vida: es *exterior* a la realidad (del padecimiento en este caso). Es un mirar desde fuera, obviamente para el médico, pero aun para el sujeto que sufre (pensar la enfermedad o sobre mi enfermedad no es lo mismo que padecerla). Por esto mismo es *trascendente* en el sentido de que queda fuera y más allá de la realidad de la experiencia de sufrirla. Es *visible* en cuanto la enfermedad afecta al cuerpo y

VIDA Y ÉTICA

tiene en él manifestaciones accesibles a los sentidos y a través de ellos a la inteligencia. Y por último, aunque parezca extraño, la verdad de la enfermedad en su manifestación a los ojos del médico y también en algunas de sus dimensiones a los ojos del enfermo mismo, reviste un cierto carácter *indiferente* en cuanto aparece en la luz del mundo como aparece cualquier otra cosa: tanto aparece una enfermedad como una obra de arte, un acto bueno como un asesinato. La luz del mundo ilumina todo lo que aparece en él y lo hace con pavorosa indiferencia. Sólo para las personas, en la vida de las personas, no es indiferente lo que aparece.

La diferencia entre ambas formas de verdad permite advertir que vivir es más y va más allá de conocer. No puede identificarse la vida humana con la conciencia que se tenga de ella. El reconocimiento de la verdad de la vida como originaria y fuente de la verdad del mundo, hace patente que el no haber despertado aún a la conciencia -como en el caso del nascituro- o haberla perdido -como en algunas situaciones de enfermedad- deja intacto el valor de cada vida. Ningún ser humano puede ser reducido a lo que se ve de él ni a la conciencia que él tenga de sí mismo.

¿Qué hacer entonces a la hora de tener que develar a alguien que va a morir? ¿Qué comunicarle? ¿Qué omitir? O lo que es lo mismo, ¿cómo manejar en concreto la relación entre estas dos verdades?

La clave se encuentra, entonces, en un rasgo fundamental de la vida, que aún no se ha explicitado. Se hace referencia aquí al carácter metafísico de don gratuito, entregado a cada ser humano, poseído en igualdad de condiciones por todos los vivientes humanos. Nadie viene a la vida por sí mismo, nadie puede constituirse por sí mismo en quien es ni gobernar las condiciones en que adviene a la vida; nadie puede constituir a otro en un yo personal. Sólo un Dios Vivo puede engendrar seres personales vivos en primera persona. Ingresamos en la vida personal no por derecho sino por gratuidad y gratuidad divina. Todos por igual. En este horizonte de la verdad de la vida se pone al descubierto el irrecusable origen divino de cada vida humana y por tanto su carácter axiomático: un hombre, cada hombre es axioma, es decir, alguien que vale por sí mismo, puesto que tiene su origen en un acto de amor divino. En la verdad de la vida, Dios deja de ser una mera idea más o menos posible de concebir o de aceptar, para manifestarse con la fuerza de una realidad que no puede negarse sino lisa y llanamente al absurdo precio de negarse a sí mismo como realidad.

La igualdad ontológica del don de la vida que todos recibimos, más allá de las diferencias particulares, nos constituye nada menos que en *semejantes*. En consecuencia, sólo una aproximación al otro que reconozca y acepte esa semejanza,

hace posible conocer, considerar y tratar al otro como otro yo. Sólo este modo de acercarse abre a la compasión, a la posibilidad de ponerse en lugar del otro, a la posibilidad de hablarle, mirarlo y tocarlo como otro yo. Sólo el amor primero al otro –como el de Dios por él y por mí– tiende el puente entre la verdad de lo que se sabe y la verdad viviente.

Por tanto, el principio de la comunicación de información al enfermo terminal es el amor, porque en su verdad más íntima y profunda, él es porque Dios lo amó primero, como también amó primero al médico y a quienes tienen el cometido de hablarle y atenderlo en esa hora en que llega a la culminación de su vida, donde no puede haber espacio ni para la hipocresía ni para la mentira. La palabra o el silencio, los gestos de quienes lo rodean, dicen al enfermo palabras que siempre son de vida, si proceden del amor.

El amor es no sólo el principio, es también la medida de la comunicación de la verdad. Sólo si se experimenta amado, el enfermo terminal puede ser ayudado a descubrir que con la muerte se abre paso en realidad a una vida mayor que la que deja atrás.

Pascal decía que si la verdad no es amada, queda aprisionada. Parafraseándolo,

podría decirse que si la verdad de la vida personal no es amada, puede quedar prisionera, oculta detrás y por debajo de la maraña de los conocimientos. Los datos de la ciencia, sin más, pueden colocar al médico, al enfermo y a sus familiares en una mera verdad del mundo, sombría e indiferente. El desafío es, a mi entender, no encerrarse en la verdad del mundo y trasponer, por amor, el umbral de la verdad primera, la de la Vida en primera persona.

En este sentido, en el contexto de la Filosofía contemporánea, el aporte de la fenomenología de la vida de Michel Henry puede ser rico de consecuencias para la Bioética, mucho más allá de las limitadas consideraciones que han podido hacer aquí.

Reconocer la prioridad ontológica de la verdad de la vida abre la posibilidad de colocar nuevamente a la Ética en su raíz metafísica, que no ha de entenderse ya como una superestructura distante y extraña a la subjetividad concreta, sino que tiene por el contrario en ésta su inmediato fundamento y referente singular. [2]

No es casual que Henry haya culminado su vasta obra filosófica con la consideración de la verdad según el cristianismo. En el cristianismo la Verdad es una persona, Jesucristo, el Hijo de Dios, quien es además, el Camino y la Vida.

[2] Cfr. VASCHALDE, Roland, *Maladie: de la phénoménologie à la thérapie*, n. 13, Lisboa, Phainomenon, 2006.

VIDA Y ÉTICA

Transitar en la verdad de la vida es para el cristiano su única meta. Ante Dios es lo único que cuenta.

El Evangelio registra el silencio de Jesús ante la pregunta de Pilatos sobre la verdad. Pero en realidad Jesús no calló ante esta pregunta. Simplemente habló por el camino de la Verdad de la Vida. Dijo la Palabra de Vida que Él mismo es. Pilatos tenía ante sí a la Verdad de la

Vida encarnada, dispuesta a entregarse a la muerte para salvar a la humanidad, pero no pudo escucharla. Tal vez fue simplemente porque no lo amó.

El enfermo terminal es una palabra viva que sólo puede ser comprendida y escuchada si es amada como lo amó Dios cuando lo constituyó, como lo ama Dios cuando lo llama a Sí para siempre por el camino del dolor.